

MAS CURA AMOR

[22]

QUE

BOTICA Y DOCTOR.

SAINETE PARA CINCO PERSONAS.

PERSONAS.

Don Epitafio, *figuron*,
Don Soplamocos.
Doña Paula, *dama*.
Un Paje.
Don Fernando, *majo*.

El teatro representa un salon amueblado regularmente y sale DON EPITAFIO con un pañuelo en la mano como suspirando: habrá escribania.

EPITAF. ¡Que haya hombre que se case solo porque otros se casan, sin detenerse á pensar los trabajos que le aguardan! Mas gracias á Dios que ya salimos de tanta carga; pues de este modo no tengo que sufrir y aguantar gaitas, que por mas que uno las temple nunca suenan afinadas. Mas no hay otro medio que matarse ó sufrir la carga.

Sale DON SOPLAMOCOS.

SOPLA. ¿Qué teneis, amigo, que llevais tan estraviada vuestra vista y atencion?

EPITAF. Don Soplamocos, llevaba distraido el pensamiento en ciertas extravagancias.

SOPLA. ¿Son celos?

EPITAF. Ya no se estilan; pues los celos se comparan á un toro, que con la misma fuerza que acomete pasa.

SOPLA. Pues hombre, decid que es. ¿Disteis alguna estocada á alguno?

EPITAF. No señor; que aún es mayor mi desgracia.

SOPLA. ¿Qué? ¿Teneis vuestra mujer por ventura, embarazada?

EPITAF. ¿Embarazada? ¡Jesús!

Éso solo me faltaba: si vos supierais lo que es el tener embarazada la mujer, no lo diriais: yo conozco una madama que le dió deseos de beber agua limonada hecha en parrillas.

SOPLA. ¡Jesús!

¿En parrillas? ¡Qué insensata!

EPITAF. (Y todos la conocemos.)

En ver que alguno llevaba alguna cosa preciosa, decia con mucha gracia: se me antoja, se me antoja, y al punto se la agarraba.

SOPLA. ¡Jesús, y qué picardia!

EPITAF. Por eso, amigo, me espanta me preguntéis si es que tengo mi mujer embarazada; y segun lo que discurro, vos ignorais lo que pasa.

SOPLA. Sí, lo ignoro, aunque me admira veros con esa casaca de luto.

EPITAF. Pues hijo mio, Dios, por su piedad muy alta ha permitido que yo en menos de dos semanas

- del estado de casado
pasase de dos zancadas
al de libre; en dos razones:
que á mi mujer doña Juana
en la iglesia el otro dia
le cantaron la tirana.
- SOPLA. Luego ha muerto.
- EPITAF. Tarrarrurra:
¿pues no digo lo que pasa?
¡Golpe grande!
- SOPLA. ¡Golpe chico!
- EPITAF. ¿Qué os aflige y acobarda?
SOPLA. Contemplar cuán debil es
EPITAF. la naturaleza humana.
Yo no tenia mas que una
mujer: y la mala trampa
hizo que muriera: al fin
salí de enredos y maulas.
- SOPLA. ¡Qué mujer era!
- EPITAF. No hablemos
de ella, porque me traspasa
su memoria el corazon.
¡Qué afabilidad! ¡Qué cara!
- SOPLA. Mucho habeis perdido.
- EPITAF. Y no ceso de llorarla.
¡Ay, Juana del alma mia! (Llora.)
- SOPLA. Don Epitafio, ya basta.
- EPITAF. Ay amigo, si recuerdo
todos los primores, gracias
y demás prendas amables
que su conjunto adornaban.
Me vuelvo loco.
- SOPLA. Era mucho,
y del modo que se hallan
en el dia las mujeres,
no habrá otra doña Juana.
- EPITAF. Don Soplamos, vos que
con ella andabais
solo á pasear, podeis
saber quien era.
- SOPLA. ¡Qué gracia,
qué talento, qué agasajo!
- EPITAF. Yo no ceso de llorar. (Llora.)
- SOPLA. Y al mismo tiempo, ¡qué alegre!
- EPITAF. A lo alegre acompañaba
la honestidad.
- SOPLA. ¡Qué de bulla!
Me acordaré la mañana
de San Juan, el chasco que
dió á aquel sugeto...
- EPITAF. ¿Don Bragas?
Sí, ya caigo, ¡qué funcion!
¿Pues y cuando le rascaba
la cabeza, y se reia
burlándosele?
- LOS DOS. ¡Qué gracia! (Riéndose.)
- EPITAF. ¿Y cuando le hizo creer
que el pobre hechizado estaba?
- LOS DOS. Ah, ah, ah, ah... (Riéndose.)
- EPITAF. La bulla fué
cuando le puso aquel ascua
de carbon, y se encendió
- la ropa y el tal callaba. (Riéndose.)
- SOPLA. Mucho era la difunta.
- EPITAF. Yo no ceso de llorarla. (Llora.)
- SOPLA. ¡Golpe grande!
- EPITAF. No hay remedio:
¡ay nunca olvidada Juana
de mi corazon; ya estás
debajo tierra enterrada!
- SOPLA. Amigo, conformidad,
y rezarle por su alma,
que otra doña Juana no
hallareis.
- EPITAF. Eran sus gracias
estremadas é infinitas:
¡para cantar, qué garganta!
- SOPLA. Aún me acuerdo yo de aquella
tonadilla que cantaba
junto contigo de doña
Toribia, cuando entonaba:
¡ay, doña Toribia!.. (Canta.)
- EPITAF. Si eso vá errado; mas alta
hacia la voz.
- SOPLA. No hay tal.
- EPITAF. Si tal.
- SOPLA. ¿Pues como cantaba?
- EPITAF. De este modo: y todo el cuerpo
(Canta fuerte y desentonado.)
de este modo meneaba.
(Hacen posturas raras.)
Ayúdame, á ver: así;
(Cantan y bailan.)
no, mas vivo, aprieta.
(Van dando vueltas cantando y bai-
lando como tontos.)
- SOPLA. Pues vaya.
Mucho habeis perdido vos
en perder á doña Juana.
- EPITAF. Por eso, don Soplamos
yo no ceso de llorarla.
- SOPLA. ¿Y para bailar?
- EPITAF. Amigo, para bailar:
le daria treinta y falta
al maestro mas famoso:
aquel manejo, la planta,
aquel aire.
- SOPLA. De este modo
se ponía.
- EPITAF. Patarata,
que así se ponía.
- SOPLA. No.
- EPITAF. ¿Si lo sabre, hombre?
- SOPLA. Calla,
que así bailaba. Aún me acuerdo
cuando bailó la alemanda
con el currutaco. (Bailan y rien.)
- EPITAF. ¡Ah! Ya
me acuerdo: y cuando pasaba
le pisaba con los piés;
y cuando en medio la sala
cayo él, ¡ah, ah, qué bulla! (Riéndose.)
- SOPLA. ¡Con qué aire paseaba
la sala! Me acuerdo: así.

EPITAF. No hay tal: de este modo.
(*Bailan y rien.*)

SOPLA. Vaya,
mucho perdisteis.

EPITAF. Por eso
yo no ceso de llorarla.
Lo cierto es, que aunque jamás
nuestros genios concuadraban,
siento su muerte infinito,
y aunque procuro olvidarla,
como es la pérdida grande,
jamás puedo recordarla
sin llorar; y á la verdad,
de ella contento no estaba,
pues entre guerras civiles
se estaba ardiendo la casa.

SOPLA. Bien está allá, que las riñas
no son buenas para nada.

EPITAF. De cuarenta criaturas
que tuvimos, á Dios gracias,
solo una hija ha quedado,
y esta es la que á mí me mata;
pues una melancolia
me la tiene tan postrada,
que cuantos medios intento
de divertirla, no alcanzan.

SOPLA. A ser yo su padre, luego
á ver mundo la llevara,
ó me dejara de enredos
y al instante la casara.

EPITAF. Pues señor, yo estimo vuestras
razones, mas no me agradan;
porque veo que son necias
y en parte algo interesadas:
y así, amigo, usted permita
que yo en en este asunto haga
desprecio de sus consejos
y lo que me dé la gana.

SOPLA. Sois un necio.

EPITAF. No replico.

SOPLA. Y sois un pobre panarra;
quedaos en hora buena. (*Váse.*)

EPITAF. Idos muy en hora mala.
¡Gracias á Dios que se fué!
Dios me libre de tus zarpas.
Mi hija viene; á ver si puedo
poco á poco sonsacarla.
Y por bien, porque estas cosas
quieren un poco de maña.
A la muerta, Dios la ayude:
á la viva acariciarla;
porque aquella nada puede,
y esta sí, si tiene gana.

Sale DOÑA PAULA petimetra, pero de luto riguroso como triste y sin hablar.

EPITAF. En fin, ya sale mi hija:
miren aquí que muchacha;
si la tiene la tristeza
muda, pues no habla palabra.
Solo suspira y tal vez

la vista al Cielo levanta;
quiera Dios que... no lo dudo
que ya está en la edad muy apta.
Buenos dias, hija mía,
¿estás mejorcita? Acaba,
acaba, descubre el corazoncito
á tu padre que te ama.
Dime, pobrecita, dime,
dónde te duele, no me hagas
rabiarse, que es lo que apetece,
y mandaré yo lo traigan.
¿Quieres divertirte un rato?
(*A todo hace señas que no.*)
¿Quieres merendar castañas?
¿Quieres pasteles, ó dulces?
¿Pues qué quieres? ¿Empanada?
¿Pues mujer, qué quieres? ¿Quieres
jugar conmigo á la espada?
¿Quieres saber hacer el
ejercicio á la prusiana?
¿Pues qué demonios querrás?
¿Quieres tocar la dulzaina?
¿Tienes envidia de ver
otras mozas mas bizarras
que tú? ¿Pues qué quieres, hija?
Que al punto haré que se traiga.
¿Quieres un cortejo? ¿No?
(*Hace señas que no.*)
Pues de veras que estás mala.
Pues es la primer mujer
que aborrece lo que ama.
Probemos con este ardid, (*Aparte.*)
aunque esto es solo de chanza.
¿Quieres que te busque un novio
para casarte? ¡Ah, malvada!
(*Hace señas que si.*)
Quítateme de delante
de mis ojos, hija ingrata,
ó yo te dejaré por
atrevida y obstinada.

PAULA. Padre mio, pues si usted
me mandó que me explicara.

EPITAF. Quítate de mi presencia.
¿Casarte ahora? ¡Ah, taimada!

PAULA. Si mi tristeza...

EPITAF. Peor es
el remedio que la sana.

PAULA. Padre mio, yo bien quiero...

EPITAF. ¿De esta suerte tú me pagas
el criarte? mas valia
haber criado una gata.

PAULA. Señor...

EPITAF. Déjame, que estoy
hecho una sierpe de Hircania.

PAULA. Padre mio...

EPITAF. Apártate.
No me quedó una miaja
de cariño tan siquiera.

PAULA. Pero...

EPITAF. ¡Qué hija tan malvada!

PAULA. Señor...

EPITAF. Eres una infame.

PAULA. No me escuchas...
 EPITAF. Una ingrata.
 PAULA. Padre...
 EPITAF. Una vil, atrevida,
 que sabiendo que está mala,
 no me quiere decir lo
 que padece en confianza.
 PAULA. Pues bien clarito lo he dicho,
 y lo repito con gracia;
 lo que yo quiero es un novio,
 y buen mozo: no que es paja.
 EPITAF. Hija mia, ya te dejo
 infeliz y abandonada.
 PAULA. Un buen mozo.
 EPITAF. La aborrezco:
 tengo de desheredarla.
 PAULA. Quiero marido.
 EPITAF. No me enfades,
 ó de la primer patada...
 ¡Ah villana, quién te viera
 como sardina en las ascuas!
 Mas esto de otro modo se ha
 de remediar, de rabia
 no me veo: ¡ah, insolente!
 ya nos veremos; cachaza. (Vásc.)

Sale el PAJE.

PAJE. Señora, ¿qué tiene usted,
 que su padre ahora se entraba
 hácia dentro maldiciendo?
 PAULA. Que le he dicho que intentaba
 casarme, y por no soltar
 el dote, estaba de rabia
 que no veía.
 PAJE. Pues yo,
 hablando aquí en confianza,
 tengo que decir á usted,
 que es una tonta insensata;
 ¡qué buen soldado que al
 primer tiro se desmaya!
 ¿No sabeis que los ardides
 aun pueden mas que las armas?
 PAULA. Qué han de poder si á mi padre
 ningunas razones bastan.
 PAJE. ¿A que basto yo? ¿Qué vá,
 que se vuelve tonto? Vaya,
 ¿pues no sabeis que los pajes
 son los medios donde se halla
 remedio á todos los males
 de amor? Y sepa yo
 el sugeto que le causa.
 PAULA. El mismo que de mi padre
 (con diligencias tan varias)
 pretendió el consentimiento.
 PAJE. ¿Y qué hay entre usted y él?
 PAULA. Nada:
 ¿qué habia de haber?
 PAJE. Que sé yo;
 podia haber ya palabras,
 mano, papel y aún podia
 haber cosas reservadas.

PAULA. Yo te diré lo que hay:
 solo hay algunas miradas,
 algunas conversaciones,
 suspiros, algunas cartas,
 querernos entrambos mucho,
 y habernos dado palabra.
 PAJE. Pues no falta, sino que
 los dos canteis la tirana:
 vamos á la obra, que yo
 para lo poco que falta
 ofrezco todo mi ingenio.
 PAULA. ¡Ay, que estoy desconfiada
 de mi padre!
 PAJE. Él bien conoce
 que el querer una muchacha
 casarse, es cosa muy justa,
 y que usted aunque sea blanca
 no es alabastro ni marmol,
 y pues que su repugnancia
 es por no soltar el dote,
 bien merece se le haga
 la burla de que lo suelte,
 puesto que en las circunstancias
 del novio no habrá reparo.
 PAULA. No, porque esas son muy
 altas. Si le vieras...
 PAJE. Lo veremos;
 voy luego á traerle á casa.
 PAULA. Pero mi padre...
 PAJE. Su padre
 nos ha de dar muchas gracias
 á él y á mí, y ha de obligaros
 á que le deis el sí.
 PAULA. Calla,
 no aflijas con tus lisonjas
 mi difícil esperanza.
 PAJE. Vuestro padre vuelve; vamos
 á meternos en la sala,
 y allí os diré de qué modo
 pienso á este viejo pegarla;
 y esplicándoos la idea,
 vereis si es fácil lograrla. (Váncse.)

Sale DON EPITAFIO acechando.

EPITAF. Ya parece que se ha ido;
 así se fuera á una jaula;
 brabamente la burlé
 fingiendo que con la rabia
 de su silencio, no oía
 el clamor de sus instancias.

*Sale el PAJE con un pañuelo en los ojos, como
 llorando y suspirando fuertemente.*

PAJE. ¡Ay, pobrecita ama mia!
 ¡Qué desdicha! ¡Qué desgracia!
 Padre infeliz, miserable,
 cuando sepas tan infausta
 desventura, ¿qué dirás?
 EPITAF. Ola, ¿qué es esto?
 PAJE. ¡Ay, pobre ama!

EPITAF. ¡Perdido estoy!

PAJE. ¡Qué infortunio!

EPITAF. ¿Qué dices?

PAJE. ¡Tragedia estraña!

EPITAF. ¿Pues qué ha habido?

PAJE. ¡Qué accidente!

¡Qué fatalidad! ¡Qué infausta noticia!

EPITAF. Perico, dí al momento lo que pasa. ¿Qué ha sucedido?

PAJE. ¡Ay, señor!

El ama de mis entrañas...

EPITAF. ¿Qué, se ha muerto? Solo esto para postres me faltaba. ¡Ay, hijita de mi vida! Ya tu padrecito abraza el partido de quererte. (Llora.)

¿Pero, qué ha habido? Despacha. Vuestra hija en fin...

PAJE. Dilo pronto.

PAJE. Al verse tan desairada y mirándose oprimida, como os vió con mala cara, mirándoos tan enojado...

EPITAF. Paje ó diablo despacha; dí pronto, qué ha sucedido.

PAJE. Se fué á su cuarto con tanta ira, que fuera de sí, abrió luego la ventana que cae á la... y...

EPITAF. ¿Se tiró por la ventana?

PAJE. Prorrumpió en llanto diciendo con voces fuertes y altas: yo no puedo vivir cuando mi padre me desampara; tuerce las manos, estira las bellas cejas, levanta al Cielo los ojos y...

EPITAF. ¿Se tiró por la ventana?

PAJE. No señor, que poco á poco volvió al instante á cerrarla.

EPITAF. El Señor por su piedad me libre de tus patrañas.

PAJE. Pero, ¡ay señor!

EPITAF. ¿Qué, aún hay mas?

PAJE. ¿Pues qué, hasta ahora he dicho nada? Sin saber lo que se hacia se tiró sobre la cama, clavando al cielo los ojos, y llenándome de babas, se me quedó entre los brazos ó difunta ó desmayada.

EPITAF. ¡Ay, hija del alma mia! ¡Qué desdicha! ¡Qué desgracia! (Llora.)

¡Yo sin tí no viviré!

Yo quiero morir, aguarda. (Hace como que se quiere arrojar y se detiene.)

¿Pero, estoy loco ó borracho? No señor, caiga quien caiga;

alegría, risa y bulla, (Se rie.)
y si es que ha muerto, enterrarla.
Pero la sangre no puede volverse tan pronto agua. (Llora.)
¿Qué medio, Perico mio, habrá para restaurarla del accidente?

PAJE. El único que se halla; un médico llamar pronto y que él con su ciencia...

EPITAF. Marcha por Dios y no te detengas. ¿Qué es esto que por mi pasa?

PAJE. Pues de dos zancadas voy á llamar uno.

EPITAF. Despacha; y aunque cueste lo que cueste, por Dios, que la ponga sana.

PAJE. Yo os prometo que si llamo á uno que de la Habana ha venido aquestos dias, con sus recetas y gracias en menos de pocos dias la deja perfeccionada.

EPITAF. Pues eso es lo que yo busco: corre pronto.

PAJE. Voy.

EPITAF. Escapa.

PAJE. Ah, pobre viejo, que tengo (Aparte.) arreglada la entruchada de suerte que podrá ser te acuerdes de la humorada. (Váse.)

EPITAF. ¡Ay, hija del alma mia! ¡Qué desdicha! ¡Qué desgracia! ¡Morirte doncella, ah tonta! Pues morir sin ser casada, son dos males, porque... Yo no sé lo que digo: calla lengua maldita, ó te arranco luego de una manotada. ¿Pero de qué me sofoco si la culpa tengo? Vaya, lo cierto es que si no hubiera tenido gracia para hacerte tan hermosa, no fueras tan desgraciada. (Váse.)

Salen DOÑA PAULA y el PAJE.

PAULA. Perico, confusa estoy del enredo que me entablas. ¿Pues si mi padre llegase á saber esta humorada, no nos costaria caro á los dos?

PAJE. ¿Usted qué habla? ¿No está en mi mano? Pues deje á mi cargo la entruchada, que yo respondo por ella: yo os he dado palabra de presentaros el novio y hacer con industria y maña,

que el mismo padre contento
apruebe la boda.

PAULA. Calla,
y no con tus chistes quieras
eclipsar mis esperanzas.

PAJE. En fin dejarlo á mi cargo,
pues ya tengo en la antesala
á don Fernando...

PAULA. ¿Qué dices?

PAJE. No que son pajas;
mas salado que un torero,
pues le he traído de capa
y montera.

PAULA. Tú estás loco.

PAJE. Dejádme guiar la danza.
Retiraos allá fuera
y callad á cuanto yo haga.

PAULA. Quiera amor, pues amor busco,
que amor mi amor satisfaga. (*Váse.*)

PAJE. Y Dios quiera que mi cuerpo
no pague aquesta entruchada. (*Váse.*)

Sale DON EPITAFIO.

EPITAF. No hay cura para mi hija,
ya la dejan desauciada;
les he dicho á los doctores,
no me pongan repugnancia
en decirme el mal que tiene
esta hija desdichada,
y conocido, receten
cuanto les diere la gana;
y despnes de haber pillado
la propina acostumbrada,
me han respondido muy serios,
así con mucha chulada:
por ahora tome caldos
alternados con su horchata,
y si esto no le bastare
será preciso sangrarla:
otro me ha dicho muy grave,
el mal viene con solapa,
la muchacha es muy ardiente
y es menester refrescarla:
pero de todos el que
me ha dado mas gran rabia
ha sido uno feo y fuerte
que ha dicho con gran cachaza,
si no se mejora, amigo,
nuestras fuerzas son humanas,
nacimos para morir,
conformidad y enterrarla;
vean ustedes si es
buen consuelo el que me daba.
¡Ay, hija del alma mia!
¡Qué paso este, desauciada
te dejan ya los doctores!

Sale el PAJE.

PAJE. Pues yo vengo á pedir gracias
y albricias.

EPITAF. Perico, vete
y no me atormentes, anda,
¿de qué has de pedir albricias?

PAJE. De que vos vereis curada
vuestra hija en el momento.

EPITAF. Dime todo lo que pasa,
que esas curas suelen ser
muchas veces desgraciadas.

PAJE. Os lo diré en dos razones,
mi ingenio, ardid y eficacia
os ha buscado un doctor;
¡mas qué doctor! de importancia,
que se burla de los otros
doctores de pié de cabra.

EPITAF. ¿Y dónde está? dile que entre.

PAJE. Entrando vá en la antesala;
en él al sentir de todos
está bien recopilada
la medicina.

EPITAF. No hay duda.

Dios quiera que de esta entrada
no penda otra entrada, que
nos cueste á todos bien cara.

PAJE. No midais la ciencia por
la estatura ni las barbas,
y no hagais malos conceptos
de un hombre de circunstancias.

EPITAF. En fin, ¿dónde está?

PAJE. Ya entra:
este es hombre, y de importancia.

Sale DON FERNANDO de majo riguroso con montera, capa terciada y muy chulo.

FERNAN. A vuestra obediencia.

EPITAF. Lindo
chirlimirli viene á casa:
señor médico, me han dicho,
que vos teneis mucha gracia
para curar las enfermas.

FERNAN. Y sin jarabes que estragan
la naturaleza; yo
curo solo con palabras,
con bolero y seguidillas:
en fin, mandad que aquí traigan
la enferma.

PAJE. Voy al instante. (*Váse.*)

FERNAN. Venga el pulso.

EPITAF. Pues no es mala
la advertencia: si yo estoy
muy bueno y sano á Dios gracias.

FERNAN. Con todo, el pulso.

EPITAF. Allá voy.
Dios ponga tiento en tus zarpas.

FERNAN. Por el pulso he conocido
que está vuestra hija muy mala.

EPITAF. ¿Lo conoceis en el pulso?

FERNAN. ¿Pues qué señal hay mas clara
que la simpatia? Como
la de un tronco con las ramas,
es la complexion de la hija
con el padre comparada.

EPITAF. Sóplate ese huevo. Eso, eso es saber con elegancia, que los demás todos son un atajo de fanfarrias.

FERNAN. Mas razon daré: depende la naturaleza rara del hombre, del equinoccio: el que domina en España es el signo equinoccial, luego por precisa causa han de ser las complexiones de padres é hijos comparadas.
EPITAF. ¡Qué hábil es!

FERNAN. Yo soy el solo médico á quien la alta Providencia ha destinado para saber cosas raras, y daré la prueba. Ovidio, en el tomo trece, trata de *enfermetatis* y dice: *Si ali olis comparata sunt naturaleza totos homines sunt deparandam.*

EPITAF. Que le gasten á este solfas: ya apuesto que en toda España no hay médico que le iguale; y si es que saque la cara, que con ali olis puede que me lo deje sin bragas.

Sale el PAJE con DOÑA PAULA, y ella se rie al ver á DON FERNANDO.

PAJE. Aquí está la señorita.

EPITAF. Ó el juicio se me engaña, ó me parece que tiene mas alegria la cara.

PAJE. Apartémonos nosotros, y dejémoslos.
(*Hablan aparte don Fernando y doña Paula.*)

EPITAF. Aguarda, que quiero oir lo que dicen.

PAJE. ¿Señor, qué es lo que usted habla? ¿No veis que un médico tiene muchas cosas reservadas que preguntar, que aún á un padre no le es decente escucharlas?

EPITAF. Es verdad, tienes razon.

FERNAN. ¿Con que al fin cuento, madama, con vuestro favor, no es esto?

PAULA. No os hubiera dado entrada, si hubiera de arrepentirme, ni licencia á que llegara este ardid á tanto.

FERNAN. Yo os respondo con gran ansia, que soy vuestro, y que á vos rindo mi corazon y mi alma.

EPITAF. Mucho se arrima, Perico, el tal médico á tu ama.

PAJE. Está observando por la

fisonomía la cara los pronósticos; no, no, no se le escapará nada.

FERNAN. ¿Con que puedo resolver en fé de vuestra constancia?

PAULA. De vos, que sois hombre, fuera mas justo que yo dudara.

FERNAN. Sola la muerte, señora, dividirá nuestras almas.

EPITAF. Parece que nuestra enferma se pone mas despejada.

FERNAN. Es que yo curo el espíritu, que es quien gobierna la máquina radical, y todo el órgano simpático. Dos palabras, señor: está conocido que el mal procede de rabia.

EPITAF. Pues siendo mal pegajoso será fuerza saludarla.

FERNAN. Rabia por boda, y no hallo en cuantas cosas hay malas otro deseo mas necio, ni de mas extravagancia, que es el casarse.

EPITAF. ¡Qué hábil!

Este es médico de fama, y hombre que sabe muy bien lo que se hace y lo que habla.

FERNAN. Pero como era preciso observar y dilatarla aquella imaginacion, le he dicho que os engañaba y que yo no era doctor, sino uno que deseaba casarse con ella.

EPITAF. Lindo: un pensamiento es, que pasma.

FERNAN. Y ella se lo creyó todo.

EPITAF. ¡Ah, tonta, cómo te engaña! (*Rie.*)

PAJE. A tí, borrico, has de ver (*Aparte.*) bien pronto lo que te pasa.

FERNAN. Despues que pase esta bulla, solo con cuatro tisanas combalecerá del cuerpo, si de espíritu no sana.

EPITAF. ¡Gran pensamiento, famoso!

FERNAN. Ahora es menester llevarla el humor, y decir que intentais vos el casarla conmigo.

EPITAF. Sí, está muy bien.

Este señor te idolatra, (*A ella.*) te pide para su esposa, y yo quiero.

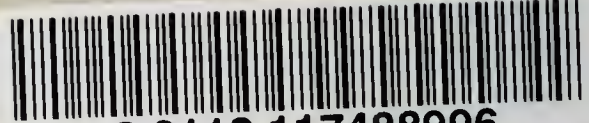
PAULA. Usted me engaña.

EPITAF. No, hija mia.

PAULA. ¿Vá de veras?

FERNAN. Creed, madama, que no soy el que parezco, y que el amor me disfraza.

PAULA. A tanta fineza ¿cómo puedo negar mi constancia?



EPITAF. Mira la loca, la loca, (Aparte.)
y no sabe que esto es chanza:
y puesto esto ha de ser,
la mano y dadme la vuestra.
FERNAN. Aguardad, porque nos faltan
escribano y testigos.
Si os parece haré que traigan
(Aparte á él.)
al que escribe mis recetas
para mejor engañarla.
EPITAF. Sí, muy bien; llamadle pronto.
FERNAN. Señor secretario.

Sale DON SOPLAMOCOS de escribano ridiculo.

SOPLA. Deo gracias.
EPITAF. Servidor de usted, amigo.
SOPLA. Diga usted lo que me manda.
FERNAN. Que escriba usted cuatro letras
dando fé de lo que pasa.
Ahora es ocasion.
EPITAF. La mano
le dá de muy buena gana
mi hija á este caballero,
y además quiero dotarla
hasta veintemil ducados.
PAULA. Padre mio, muchas gracias.
EPITAF. Miren la loca, la loca
y no sabe que esto es chanza.
FERNAN. Espera, ya lo verás, (Aparte.)
aunque es breve la contrata.
Para que tenga mas fuerza
el trato, podeis firmarla.
EPITAF. ¡Y cómo que firmaré!
Venga acá. Ya está firmada,
¿estás ya contenta?
PAULA. Mucho.
(Váse y Fernando.)
PAJE. ¿No os dije yo que era alhaja
el doctor?
EPITAF. ¡Qué bello hombre!
PAJE. Mirad, mirad, señor, cuantas
gentes alegres concurren.
EPITAF. Pues que canten; ¿á que aguardan?
¿Peró mi hija y el doctor?
PAJE. Si usted pronto no los llama
se marcharán á dejar
hoy la boda efectuada.

EPITAF. ¿Pues cómo puede ser eso,
si la boda ha sido chanza?
PAJE. Él es el que os la pidió
antes y buscó esta traza;
mal hareis en resistirlo,
señor, porque canta carta.
EPITAF. ¿Con que era el mal de la niña
casarse con quien pensaba?
PAJE. Ni mas, ni menos; apuesto
que ya no le duele nada.
EPITAF. ¡Y que á un sugeto tan hábil
como yo, se la pegaran
de aqueste modo! Agradezcan
que he venido sin espada.
PAJE. Si fuerais doctor, podiais
vengaros de ella, sin armas;
pero siendo así, paciencia
habreis de tener.
EPITAF. Sobrada
he tenido y tengo, viendo
la gran maldad que me pasa.
¡Ah! que la enferma es mi hija,
y yo soy á quien le sangran.
PAJE. En cosas que ya no tienen
remedio, la queja es vana.
EPITAF. Pero á lo menos que vengan,
y veámosles las caras.

Salen DOÑA PAULA y DON FERNANDO.

FERNAN. Perdon, señor, que aquí estamos.
PAULA. Y yo puesta á vuestras plantas
pido...
EPITAF. La loca, la loca,
para esto bien tuvo maña.
En fin, ya estais perdonados.
TODOS. Vaya de alegria, vaya.
EPITAF. ¡Y que yo me muera al dar
el dote! Me muero, traigan
la botica toda entera.
SOPLA. Ya por la jeringa marchan.
EPITAF. Un demonio: bueno fuera
que despues que se me saca
el dinero, un jeringazo
á mi persona encajaran:
en fin, vamos adentro,
y aquí la idea se acaba.
TODOS. Supliendo humilde un victor
y el perdon de nuestras faltas.

FIN.